

leite en mis alborotados años setenta. El diccionario define en primer lugar “fanfarria” como “conjunto musical ruidoso, principalmente a base de instrumentos de metal”, lo que cuadra perfectamente a la composición de Copland, pero también registra la acepción de baladronada o jactancia, lo que casa perfectamente con el estilo de Trump y su sesgada intención de representar los deseos y necesidades de la “gente corriente” frente a las odiadas “élites liberales”.

2. Aniversarios

Sigue la moda de celebrar los aniversarios editoriales con colecciones que aprovechan los títulos más significativos de sus fondos. De entre las últimas en incorporarse al ya fatigoso carro de los aniversarios están Turner y Paidós. La primera, que celebra ahora su medio siglo de existencia (la fundó el fallecido Manuel Arroyo), irá publicando, reimpresos o retapados, títulos emblemáticos de su catálogo, como la estupenda *La vida de André Breton*, de Mark Polizzotti, o *La muerte de los héroes*, de Carlos García Gual. Paidós, hoy un sello de Planeta, fue fundada en Buenos Aires en 1945 como editorial especializada en psicología y peda-

gogía. Ahora celebra su 75º aniversario con una colección de agradable diseño en la que también publican algunos de sus títulos fundamentales, como el ya clásico *El arte de amar* (1956) de Erich Fromm, un librito muy representativo de la deriva hacia el “humanismo socialista” de algunos pensadores cercanos a la escuela de Fráncfort exiliados en Estados Unidos, y que en los sesenta y setenta era casi de obligada lectura entre los jóvenes universitarios españoles. En la serie conmemorativa, al parecer cerrada, también se han publicado, entre otros, *Invitación a la filosofía*, de André Comte-Sponville, y *De lo espiritual en el arte*, de Vasili Kandinsky.

3. Bebercio

A juzgar por *La huella de los días*, de Leslie Jamison (Anagrama), cuyo título en castellano juega con el de la muy notable película *Días sin huella*, de Billy Wilder (1945) —quizás la mejor que se haya hecho sobre el alcoholismo—, su autora ha pasado, a partir de su adolescencia, por todas las etapas del alcoholismo, incluyendo sus exaltaciones, infiernos autodestructivos y dramáticos intentos de

rehabilitación. Se trata también de un libro —mitad confesión autobiográfica, mitad ensayo— en el que se refleja la atracción que sobre los jóvenes artistas y escritores siempre ha ejercido el mito del binomio creatividad-ebriedad, a partir de la experiencia de célebres dipsómanos (todos de la anglosfera), desde Amy Winehouse o Jean Rhys, hasta Raymond Carver o David Foster Wallace, cuyo enciclopédico tocho narrativo *La broma infinita* (1996), en realidad una sátira menipea en la que entra todo, fue leído por la autora durante una cura de recuperación: ya ven que hay gente para todo. El mismo asunto del bebercio, pero desde actitud y planteamiento opuestos, lo trata Lawrence Osborne, antiguo crítico de vinos de *Vogue* y contumaz viajero interesado por las diferentes culturas etílicas, en su *Beber o no beber, una odisea etílica* (Gatopardo). Por último, *Vino y sociedad*, de Benno Herzog (Institución Alfons el Magnànim), es un breve ensayo sobre las relaciones sociales que, desde sus orígenes, están en la base del consumo de vino. Lo malo es que, gracias a la lectura esporádica de estos tres libros, se ha incrementado considerablemente mi ingesta de alcohol en esta segunda fase de la pandemia.

IDA Y VUELTA



ANTONIO MUÑOZ MOLINA

Madrid zombi

No todos los acontecimientos culturales han sufrido los efectos destructivos de la pandemia. Acabo de enterarme de que se está levantando en la ya atroz plaza de Colón una menina gigante que medirá 10 metros de altura y pesará 1.300 kilos, una estructura de aluminio “decorada con lentejuelas y bolas de plata acompañadas de diamantes de plástico translúcido, creación del reconocido diseñador de moda Andrés Sardá”, según asegura no sin entusiasmo un comunicado del Ayuntamiento. Madrid es una ciudad en la que abundan los museos excepcionales y en la que viven y trabajan artistas de mucho talento, pero sus instituciones municipales y regionales llevan muchos años concentrándose en la propagación del horror. Aún me acuerdo de la chispeante estatua de *La Violetera* que estuvo plantada en la esquina de Alcalá con la Gran Vía, infamando con su vacua cursilería la memoria de una bella canción, y a diario tengo la desdicha de cruzar la duradera pesadilla de la plaza de Felipe II, en la que se logró la hazaña de cubrir un aparcamiento subterráneo con un espacio tan baldío como otro aparcamiento. La plaza de Felipe II hay que atravesarla sin levantar la vista del suelo, a fin de no encontrarse con esa especie de dolmen inexplicable y esa escultura que demuestran que las parodias y las falsificaciones más baratas de Dalí las perpetró el propio Dalí. Aunque quizás el dolmen daliniano tenga la ventaja de distraer los ojos de la fachada del antes llamado Palacio de los Deportes, ahora bautizada en un idioma extraño como WiZink Center.

Pero aquí no acaban los peligros visuales, porque si uno huye de Felipe II puede encontrarse, en la esquina de Goya y Alcalá, un pavoroso cabezón de don Francisco de Goya, que, a diferencia de Dalí, no tuvo culpa de nada. Es un cabezón que conjuga la estética de la rotonda de tráfico y una propensión escultórica a lo mostrenco que al menos desde el Valle de los Caídos ha sido muy cultivada por esa derecha mesetera que gobierna Madrid. Los teatros y los cines languidecen en este desastre sanitario que no acaba, y que las autoridades regionales hacen todo lo posible por agravar con su mezcla tóxica de chulería y de incompetencia, las salas de música no levantan cabeza, las librerías resisten como pueden, las pocas galerías de arte que aún quedan sobreviven de milagro: en medio de esta desolación, lo único que resplandece y prolifera, invulnerable a la crisis, son esas meninas que multiplican su espanto por las aceras y las plazas como zombis o replicantes, como clones degenerados de un modelo que inventó hace ya muchos años Manolo Valdés. Es como en esas películas en que una sustancia o una criatura híbrida creada en un laboratorio escapa de él y se multiplica sin control, y amenaza con invadir una ciudad entera, un



Una menina reinterpretada, en la Puerta del Sol de Madrid en 2018. ULY MARTÍN

“**Cines y teatros languidecen, lo único que resplandece son esas meninas que multiplican su espanto por aceras y plazas**”

planeta. Las meninas como hongos enormes de alegres colores nos acechan en cualquier esquina de Madrid, y un público antes sobre todo turístico y ahora local se abraza a ellas o las elige como fondo para sus selfis, añadiendo así su propia creatividad a la de los diversos artistas y celebridades que han contribuido a personalizarlas, como es apropiado decir ahora. Las autoridades municipales participaron con entusiasmo visible en la presentación de la campaña, y no contentas con repetir y ampliar el despliegue de los últimos años, han completado lo que ellos llamarán sin duda su “apuesta cultural” con esa nueva menina gigantesca, la de los

10 metros, las 37.000 bombillas, las lentejuelas y bolas de plata acompañadas de diamantes de plástico translúcido. La plaza de Colón es sin duda el sitio adecuado, y no solo por la inmensa bandera que ya ondea allí desde los tiempos patrióticos de José María Aznar, ni por la querencia que la derecha y la extrema derecha llevan mostrando hacia ella como escenario de su belicismo ideológico. La plaza de Castilla logra un grado semejante de espanto urbano, con su boca de túnel, su monumento franquista a Calvo Sotelo, la aguja monumental del arquitecto Calatrava, las dos

torres inclinadas que despiertan tantos recuerdos entrañables de la economía del pelotazo financiero. La plaza de Castilla es un espacio urbano tan depravado como la de Colón, igual de hostil a la escala y a la presencia humana. Pero esta última está en el corazón mismo de la ciudad, y en su gran vacío tiranizado por el tráfico se levantaron hasta finales de los sesenta hermosos edificios condenados a la piqueta por la codicia y la ignorancia, por una barbarie municipal que desdichadamente no terminó con la dictadura: en esa plaza, a un lado de la calle de Génova, estuvo el palacio de Medinaceli; al otro, la casa donde vivió muchos años Pérez Galdós, justo donde están ahora esas torres coronadas por una especie de montera como de Miami Beach.

Madrid está llena de gente disforme, inventiva, moderna, cultivada, activista: pero su destino cívico es el

de un derecho rancio volcado en la promoción del ladrillo y del coche privado, en un oscurantismo que tiene su traducción estética en la vulgaridad, y su consigna política, en la beligerancia contra las nuevas expectativas de vitalidad urbana y empeño ambiental que están cobrando forma en otras capitales de Europa y de América, y en la misma España. En todas ellas la pandemia ha acelerado la adopción de formas de movilidad saludables y sostenibles, de espacios propicios para los caminantes, de carriles bien conectados y seguros para los ciclistas. En Londres, en París, en Bogotá, los gobiernos municipales son núcleos activos de debate y puesta en práctica de ideas sobre un modelo de ciudad habitable, gestionada con la participación vecinal, rescatada del sometimiento a los intereses de los especuladores y de los fabricantes de coches privados, empeñada en políticas ambientales que mitiguen en lo posible el cambio climático o, al menos, a estas alturas, ayuden a sobreponerse a sus peores efectos. Me he movido en bicicleta por unas cuantas ciudades, incluida Nueva York, y ninguna es tan peligrosa y tan hostil para los ciclistas como Madrid. Circular en bicicleta, como ir a pie, es cada vez más una afirmación política: un activismo concreto en la humanización de la ciudad. Quizás por eso el Ayuntamiento hace lo posible por sabotearlo. No hacía ninguna falta el suplicio añadido de las meninas como zombis, de la menina gigante y luminosa alzándose en la noche como en una de esas pesadillas que se han vuelto tan frecuentes con la pandemia.